

## *El ángel*

¿Cómo había llegado a esto?; él no lo sabía bien. Todo comenzó con la enfermedad de su esposa, larga y agónica; luego siguió una serie de sucesos que iban de mal en peor y finalmente, el accidente que le costó la vida a su única hija. Finalmente estaba solo, vacío y sin esperanzas y la vida era demasiado pesada cargando con todo ese dolor. Pero el escape a todo su sufrimiento estaba tan cerca que parecía un chiste, a solo un paso de distancia y cien metros hacia abajo.

Finalmente cerró sus ojos y se inclinó levemente hacia adelante. El viento fresco que golpeaba su cara le pareció gratificante; pensó que sentiría miedo al caer al vacío, pero por el contrario una sensación de paz lo inundó.

El ángel caído observaba con satisfacción su obra, sentado en la cornisa del edificio, fuera de la capacidad de la vista de los mortales humanos, que deambulaban de un lado para otro por las calles, ajenos a su presencia e influencia. De pronto frunció el ceño ante algo inesperado y que violaba las leyes básicas de la mecánica de la caída de los cuerpos; el cuerpo del hombre comenzó a caer cada vez más despacio, hasta que poco a poco, antes de estrellarse contra el suelo, pareció quedar flotando y desvió su descenso, para terminar, posándose suavemente sobre un montón de bolsas con basura.

— ¿Pero cómo es posible? —se preguntó. Cerrando sus ojos y abriéndolos nuevamente, pudo ver la causa de tan extraño acontecimiento. Una joven mujer observaba al hombre, que confundido abría los ojos y se levantaba y marchaba.

La mujer miró hacia arriba y sonrió al ver la cara de frustración del ángel caído, mientras desplegaba unas blancas y resplandecientes alas y con un leve batido de ellas, se elevaba desapareciendo en el cielo, sin que ningún humano la pudiera ver.

— ¡Pero qué inoportuno! —exclamó el ángel—. Ya no se puede trabajar tranquilo en esta ciudad.

...

Parado sobre un puente el ángel caído observaba el paso de los vehículos; después de un rato se decidió. Un semáforo no cambió su luz cuando el otro lo hizo en un cruce de avenidas. La mayoría de los conductores no alcanzó a reaccionar, produciéndose varios choques en cadena. Algunos vehículos volcaron, otros

comenzaron a incendiarse; en medio de los golpes de metal chocando, se oían gritos y lamentos. Un camión que transportaba combustible quedó parado frente a un colegio, el conductor, con un golpe en la cabeza yacía inconsciente, mientras el tanque de combustible comenzaba a gotear y el líquido se deslizaba, lento pero seguro, hacia un automóvil que en ese momento se incendiaba. El ángel caído miraba con agrado la escena, mientras con un dedo contaba todas las víctimas, cuyas almas pronto reclamaría.

Finalmente, el hilo de bencina que dejó el camión, terminó por inflamarse y el fuego corrió rápidamente, garantizando la gran explosión y mortandad que pronto habría. De pronto una gota de agua cayó en la cara del ángel, a la que siguieron muchas más, desde un cielo que se había cubierto de nubes negras, cuya agua terminó por apagar todos los fuegos, aunque eso no debería poder ocurrir.

— ¿Lluvia? —se preguntó el ángel.

Cerca suyo, lentamente descendió la joven, con sus blancas alas inmóviles, como si se tratasen de un paracaídas que la hizo posarse suavemente.

— ¿Tú otra vez? —preguntó el ángel caído—. Debí imaginarlo. ¿Hasta cuándo vas a entrometerte en mi trabajo?

—Cuantas veces pueda —respondió ella.

—Ya te descuidarás —opinó él.

—No lo creo —indicó ella—. Ya sé cómo localizarte.

El ángel desplegó sus blancas alas, que brillaron bajo la luz del sol.

—Ya verás, no podrás detenerme siempre —advirtió el ángel caído—. A propósito, tienes lindas alas —agregó cuando el ángel se elevó.

El ángel sonrió, aunque no sabía por qué, simplemente sintió deseos de hacerlo. Se sentía contenta, supuso que por un trabajo bien hecho. Miró satisfecha sus alas; nunca antes había notado lo lindas que eran y se sintió más feliz. Después de revolotear un rato, extendió su mano derecha y se abrió un portal de luz frente a ella, por el cual pasó y desapareció.

El ángel caído se encogió de hombros, abrió sus negras alas y se elevó sonriendo, para desaparecer tras una nube.

...

El gran avión de pasajeros iba completamente lleno cuando él posó sus ojos en su figura.

—Esta vez no me ganarás —dijo para sí, pensando en el ángel.

Plegando sus alas hacia atrás se lanzó contra el avión, pero cuando estaba por alcanzarlo, sintió un golpe que, aunque no le produjo dolor, le hizo caer varios cientos de metros en picada. Abriendo sus alas a todo su largo, logró estabilizarse y vio un destello blanco que se acercó rápido a él y se detuvo cerca suyo.

—Voy a pensar que me estás siguiendo — dijo él con el viento acariciando sus plumas.

—De hecho, lo estoy haciendo —reconoció ella.

—No lo lograrás —dijo él batiendo sus alas y elevándose nuevamente hacia el avión, que ya volaba cerca del aeropuerto.

Agitando sus alas y luego cerrándolas de golpe tras su espalda, el ángel aceleró en forma vertiginosa. Sujetando de los tobillos al ángel caído, lo arrojó lo más lejos que pudo, dándole tiempo a los pilotos del avión para aterrizar sanos y salvos, ignorantes de la batalla que en el aire se desarrollaba por ellos y sus pasajeros,

—Ahora vas a ver —le gritó el ángel caído, volando a toda velocidad hacia ella.

El ángel giró rápidamente y bajó en picada, con el ángel caído tras él.

En una rápida maniobra ella se elevó, lo mismo que él, rozando casi el suelo.

—Te alcancé —le dijo él poniéndose a su lado e igualando su velocidad.

—Eres demasiado lento le contestó ella dándole un fuerte empujón.

—Eso crees tú —dijo él tomándole su larga cabellera y cubriéndole la cara con ella; enseguida él cambió de dirección en forma brusca.

Detenido en el aire, el ángel caído esperaba que el otro ángel lo localizara.

—Ya te vi —dijo ella volando veloz hacia él.

Con una sonrisa él voló directamente hacia ella a toda velocidad. Ante la inminente colisión el ángel se detuvo en seco, quedando parada en el cielo; sin intenciones de detenerse, él siguió volando y tomándola de la cintura avanzó varios kilómetros empujándola, para finalmente detenerse sin soltarla. Al frenar ella apoyó sus manos en los fuertes hombros de él y así se quedaron quietos un instante sin decir ni una palabra.

Pestañando rápido, el ángel se retorció un poco y logró soltarse del abrazo de su enemigo, elevándose alto y deteniéndose frente al sol, para ocultarse con su brillo. Por un instante miró al ángel caído antes de continuar su vuelo, para abrir un portal e irse de este mundo. Él se sonrió y voló rápido, como nunca antes y se desvaneció.

...

Equilibrado sobre una antena, en lo alto de un rascacielos, el ángel caído observaba la ciudad en busca de alguna víctima.

—Esta vez no me despegaré de tu lado —dijo el ángel detrás de él.

—Cómo quieres, pero vas a tener que volar rápido para poder seguirme el paso —aceptó él.

Los disparos atrajeron la atención de ambos ángeles.

—Es un asalto de banco —indicó el ángel, pero el ángel caído ya volaba hacia el lugar.

...

Rodeados de policías, los asaltantes tomaron a una mujer como rehén e intentaban escapar escudados en ella. Los bandidos disparaban sin cesar sobre los policías, por lo que el ángel se puso frente a ellos, las balas se desviaban sin tocarlos, pero nadie se percataba de ello.

El ángel caído se hizo visible para los asaltantes, quedando estos espantados y helados ante la aparición, oportunidad que la rehén aprovechó para escapar.

Uno de los delincuentes fue abatido en el lugar por los policías, en tanto que el otro logró escabullirse hasta un vehículo que lo aguardaba. El conductor aceleró a fondo y el auto partió haciendo chirriar los neumáticos. Ante un movimiento de la mano del ángel caído, el conductor perdió el control de la dirección y se estrelló contra un poste, muriendo ambos asaltantes instantáneamente.

Un vehículo que venía detrás perdió el control y se dirigió hacia una mujer con un bebé en brazos, amenazando con atropellarlos. En lo que demora un pestañeo para los humanos, el ángel caído corrió hacia el lugar y detuvo el auto con una mano, cubriendo a la mujer y al bebe con la otra. De alguna forma el bebé vio a su salvador y se sonrió.

—Si te mantienes por el buen camino no vendré por ti —le dijo el ángel caído haciéndole cosquilla en el cuello.

—Aggú —fue la clara respuesta del pequeño.

—Salvaste a muchas personas hoy —comentó ella.

—Y tú no impediste que atrapara a estos bandidos —observó él.

—Ellos se lo merecían —respondió el ángel.

—Yo no mato solo por matar —indicó él.

—Aun así, gracias —agregó ella abriendo sus alas.

— ¿Te veré mañana? —preguntó él imitándola.

—No lo sé —respondió evasivamente ella.

—Recuerda que tengo muchas almas que recolectar —indicó el ángel caído.

—Si realmente se lo merecen no intervendré —contestó el ángel—. Pero si merecen una segunda oportunidad, ten por seguro que te detendré.

—Cuento con eso —aceptó él—. A propósito, tus alas se ven más lindas que de costumbre.

—Gracias —contestó ella, emprendiendo el vuelo con una sonrisa.

Alguien de una jerarquía más elevada de ángeles, observaba con malos ojos y desagrado la amistad que estaba surgiendo.

...

El ángel caído recorría el cielo haciendo piruetas y volviéndose visible de vez en cuando, solo por el placer de jugar con la gente asustándola.

— ¿No vas a cazar hoy? —preguntó una voz a su espalda.

—Prefiero pasar el día volando junto a ti —respondió él—. El mundo no se detendrá si tú y yo nos tomamos un descanso.

—Creo que tienes razón —dijo ella revoloteando en torno a él—. Pero deberías tener más cuidado.

— ¿Con qué? —preguntó él.

—Demasiados humanos te han visto —indicó ella.

—Sí, y mira las pesadillas que van a tener esta noche —respondió el ángel caído—. Y mañana tempranito se van a ir a encerrar en una iglesia, así es que le hice un favor a tu jefe.

—No tienes remedio —comentó ella con una sonrisa.

El ángel que estaba directamente en autoridad sobre ella, estaba de muy mal humor por la falta de buen juicio de uno de sus subalternos y lo tendría que arreglar personalmente, antes de que se enterasen en los niveles superiores.

...

En el borde de una terraza, en el edificio más alto de la ciudad, el ángel caído observaba en busca de alguna posible víctima, cuando sintió un aleteo tras suyo.

—Hola, llegas temprano hoy —saludó sin darse vuelta.

Al no tener respuesta se volvió curioso.

— ¿Te comió la lengua el ratón? —preguntó sonriendo. Sonrisa que se le borró de los labios, al ver parado frente a él a otro ángel, empuñando una candente espada flamífera.

—Pero que desagradable sorpresa —comentó el ángel caído sin quitarle la vista de encima a su agresor.

—Hasta aquí llegará tu pecaminosa existencia —dijo amenazante el ángel.

—No creo que sea necesario ponerse tan extremista —opinó él—. Tratemos de aclarar todo como personas civilizadas.

—El tiempo para las palabras terminó, demonio —dijo el ángel lanzando una estocada que no alcanzó su objetivo.

Atravesado por la hoja de fuego que la joven ángel le clavó por la espalda, soltó su arma, oportunidad que el ángel caído aprovechó para clavarle también su espada.

Concentrados ambos ángeles, hicieron arder con fuerza las hojas de sus armas; el cuerpo del ángel mensajero se inflamó por completo, convirtiéndose en ceniza brillante que se fue en el viento.

Asustada ella soltó la espada, desvaneciéndose en el aire sin la energía que la alimentaba emanada del cuerpo mismo del ángel.

— ¿Pero qué he hecho? —preguntó. Sin saber qué hacer, abrió sus alas y se elevó rauda hacia lo alto.

Afligida intentó varias veces crear un portal que la sacara de este mundo, pero sin ningún resultado.

—Por favor déjame entrar, yo puedo explicarlo todo —trató de excusarse—. El mensajero atacó sin justificación.

A pesar de su insistencia, sus súplicas no recibieron respuesta, lo cual la hizo reflexionar y no callar lo que sentía y pensaba.

—Siempre nos has hablado de enseñar a los humanos a amar a su prójimo. Dices que hay que perdonar a los que nos ofenden —decía ella—. Los humanos dicen que eres un dios de amor, pero nos niegas la posibilidad a nosotros de amar a otros.

Los gritos y quejas del ángel no tenían respuesta alguna y su dolor se convirtió en rabia.

—Me castigas por atreverme a amar y por defenderlo a él, que solo hacía su trabajo —gritaba furiosa ella—. ¿Esa es tu compasión?, ¿así demuestras tu bondad?

—Solo eres un viejo egoísta y amargado —continuó ella cada vez más enojada—. Te odio y no quiero saber más de ti.

—Prefiero arder en el infierno antes que consumirme como una chispa bajo tu yugo —gritó ella con los ojos incandescentes de odio y dolor.

Abriendo sus alas en toda su extensión, el ángel cruzó el cielo como una bola de fuego, que aterrizó a cuantos la vieron pasar. Con un estrepitoso golpe, que hizo un pequeño cráter, ella aterrizó aun agitada.

En un santiamén el ángel caído llegó junto a ella y le tocó sus alas, sus ahora negras alas, como las suyas. Abriendo las suyas él la abrazó y envolvió con ellas.

Abrazándolo fuerte ella lloró por lo que le acababan de quitar, pero en el fondo contenta de haberlo podido salvar.

—Ya estoy bien —dijo ella—. No vale la pena llorar por algo que no tiene remedio.

—Es un paso muy grande que has dado al liberarte —dijo él—. ¿Pero por qué lo hiciste?

—Supongo que por tu culpa —opinó ella.

— ¿Por qué por mi culpa? —preguntó él.

—Porque si no te hubiera conocido no habría aprendido a pensar y a sentir por mí misma —reconoció ella mirándolo directamente a los ojos.

— ¿Y por eso matamos al mensajero? —quiso saber él.

—La eternidad no tiene ningún sentido si tú no estás en ella —contestó el ángel.

— ¿Comprendes que ya nunca podrás volver? —preguntó él.

— ¿Y para qué voy a querer volver a esa prisión? —contestó ella agitando sus alas y elevándose de un solo impulso.

— ¿Lo dices en serio? —preguntó él.

—Ya me aburrí de hablar —contestó ella—. Quiero disfrutar de mi libertad.

...

Volando de un lado para otro y revoloteando en torno a él, ella reía como nunca le había sido permitido hacerlo. Libre de amarras y reglas tontas, ya nada la podía detener.

Él, sin ser menos, trataba de seguirla en su juego.

— ¿Alguna vez has enrollado nubes? —preguntó ella, girando rápidamente sobre su eje y metiéndose dentro de las nubes.

Las nubes comenzaron a ser absorbida por la fuerza de succión provocada por su rápida rotación, para terminar, formando una gran trompa de aire en torno suyo, que giraba cada vez más aprisa. Ella miraba fascinada su nuevo juguete que rugía ensordecedor.

Dejándose llevar por una travesura no habitual en ella, se movía con el remolino de un lado para otro, hasta que una idea nueva le cruzó por la mente y se lanzó en picada, llevando consigo el tornado. A unos cuantos kilómetros de altura se salió rápidamente de él y lo sopló hacia abajo.

—Huy, se me soltó —dijo cuándo el gigantesco embudo cayó sobre la ciudad, arrancando árboles y casas, devorando todo lo que se hallase a su paso, o al alcance de sus vientos.

El terror era indescriptible en los habitantes de la urbe, que no estaban acostumbrados a semejantes fenómenos climáticos. Escapar era imposible y tratar de resistir la fuerza del monstruo era inútil.



La devastación era completa cuando el tornado se disolvió solo, sin la influencia del ángel que lo impulsaba. Edificios destruidos, vehículos volcados, construcciones y árboles arrancados de raíz; los cadáveres se contaban por miles, en el peor desastre ocurrido en el país y uno de los mayores del mundo.

—Bueno, habrá que aprovechar —dijo él abriendo sus oscuras alas y descendiendo sobre las ruinas de la ciudad, recorriéndola en vuelo rasante. En unas cuantas pasadas él se había apoderado de miles de almas que gritaban de terror ante su eterno destino.

—Ups, fue un accidente —dijo ella con mirada de niña traviesa.

—Sí, como no —comentó él—. Reconoce que lo disfrutaste.

—Está bien —aceptó ella—. Fue divertido.

—Lo sé —reconoció él—A mí también me agrada castigar a los humanos.

—Además, se lo merecen —agregó ella—. Puedo ver ahora toda su maldad e hipocresía.

—Y tú que tratabas de que yo no hiciera mi trabajo —comentó él.

—Ahora veo claramente que están hechos a la imagen y semejanza de ese viejo amargado —continuó ella—. Son igual de miserables, hipócritas y abusadores. Ahora entiendo tu trabajo.

— ¿Ves que estabas equivocada? —recalcó él.

—No estaba equivocada, estaba ciega —corrigió ella—. A propósito, me quedé sin trabajo, creo que voy a tener que repartir currículos.

—Ya me imagino —pensó él—. Ángel con experiencia, se ofrece como asesor y consejero; no tengo referencias por haber sido finiquitado por matar a un superior —bromeó él—. Supongo que a mi jefe le podrá interesar contar con tus servicios.

—Mientras no sea otro viejo amargado —bromeó ella.

—Te aseguro que él disfruta su trabajo y nos da bastante libertad, para hacer lo que nos dé la gana —respondió él.

—Mientras no empiece con prohibiciones y obligaciones tontas y ridículas, no me molestará respirar un poco de azufre hirviendo —contestó ella.

— ¿Todavía siguen diciéndoles ese cuento arriba? —preguntó él—. Te aseguro que es muy distinta la realidad.

— ¿No hay fuego ni azufre? —quiso saber ella.

—Claro que no —contestó él—. Preferimos vivir entre los humanos, como si lo fuésemos.

...

— ¿Un edificio de oficinas? —preguntó ella sorprendida cuando fueron a ver al nuevo jefe.

— ¿Acaso esperabas fuego y un lago de lava? —preguntó él.

—La verdad es que esto se ve muy humano —opinó ella.

—Nadie creería que estamos entre ellos —comentó él abriendo una puerta.

— ¿Está el jefe? —preguntó él a una exuberante secretaria.

—Los está esperando —contestó ella mirando de pies a cabeza al recién caído ángel.

—Gracias, infierno —le respondió con una sonrisa él.

— ¿Infierno? —preguntó el ángel.

—No pretenderás que le diga cielo —contestó él.

—Buenos días, jefe —saludó él a un hombre maduro, con algunas canas en las patillas, que le pareció muy atractivo a ella.

—Los estaba esperando —saludó el señor de los ángeles caídos—. Bienvenida, querida.

—Gracias, Señor —respondió respetuosamente ella.

—He escuchado muchas cosas buenas de ti —contó el jefe—. O malas tal vez, ya que el bien y el mal son términos muy relativos, inventados por ya sabes quién para confundir a los humanos.

—Y no solo a los humanos —agregó ella—. También a los ángeles; recién ahora me doy cuenta de lo hipócrita y déspota que es el viejo amargado.

—Me alegro mucho de que te hayas podido quitar la venda de los ojos —comentó Lucifer.

—No imagina lo distinto y claro que veo todo ahora —agregó ella.

—Sepa que ella tiene un gran talento para sembrar el terror entre los humanos —indicó el ángel caído.

—Eso he sabido —apoyó el jefe.

— ¿Lo dice por el tornado? —quiso saber ella—. Necesitaba desahogarme y la verdad es que lo disfruté.

—Fue un gran espectáculo —respondió Lucifer.

—Y gracias a ella pudimos recolectar miles de almas —indicó su amigo.

—Eso fue un acto impulsivo —observó el jefe—. ¿Serás igual de buena actuando en forma sutil e incógnita?

—Hasta ahora, durante toda la eternidad he sido sutil —opinó ella—. ¿En qué está pensando?

—Solo una pequeña travesura en un convento de sus seguidores —sugirió el soberano—. Ingresa como una monja novicia y corrómpelas, atérralas y hazlas dudar de su fe.

—Ganarme su confianza y luego traicionarlas, como él me traicionó a mí — pensó ella con una sonrisa en sus dulces, pero ahora venenosos labios.

—Y no te preocupes si quieren hacer un exorcismo —comentó su amigo—. Eso no funciona en ningún tipo de ángel.

— ¿Puedo tomar la vida de esas monjas? — preguntó ella para saber si tenía algún límite lo que podía hacer.

—Lo dejo a tu criterio —aceptó el jefe—. Solo que, si lo haces, trata de que sea espectacular.

—Muy bien —respondió ella inclinando la cabeza.

—Otra cosa —acotó Lucifer—. No te inclines nunca ante mí, que yo no soy tu antiguo patrón. Entre nosotros eres libre.

—Gracias, Señor —respondió ella abriendo sus hermosas y negras alas, de contenta que estaba.

—Lo siento, es que me siento muy feliz —se excusó ella.

—No te disculpes, querida —aceptó Lucifer—. Pero ya ándate a trabajar.

...

La joven novicia golpeó la puerta añosa del antiguo convento, temprano en la mañana. Una monja madura pero aún joven le abrió la puerta.

—Buenos días, ¿qué se le ofrece? —preguntó la religiosa.

—Me enviaron del seminario femenino a terminar mi formación como novicia, hermana —respondió ella.

—Nunca se termina la formación en el camino de Nuestro Señor —contestó la monja.

—Tiene razón, hermana —aceptó ella.

—Adelante, la Madre Superiora la espera, hermana —dijo la monja dejando pasar a la joven.

—Gracias, hermana; Dios la cuide siempre —contestó la novicia con una inclinación de cabeza.

...

—Bienvenida, Hermana María —saludó la superiora al entrar en su despacho—. Por orden del arzobispado, aquí realizará su noviciado antes de recibir los votos definitivos.

—Gracias, Madre Superiora —respondió la novicia sin levantar en ningún momento la mirada, guardando humildad.

—Aunque no quiero que se sienta intimidada, debo advertirle que en este convento existen reglas muy estrictas y que se deben cumplir al pie de la letra —indicó la monja.

—El camino del Señor está cubierto de flores y espinas —contestó devota la novicia.

—Me alegra escucharla decir eso —respondió la superiora.

—La Hermana Engracia la llevará hasta su cuarto, para que pueda rezar tranquila y pedir la iluminación necesaria, para andar la senda que Nuestro Señor abre ante usted, para que pronto se convierta en una más de nosotras —ordenó la Madre Superiora.

—Amen, Madre —respondió la novicia con la mirada baja y sosteniendo con ambas manos su pequeña maleta.

—Acompáñeme, Hermana María —pidió la otra monja.

Cuando salieron de la oficina de la superiora, la monja le dio un consejo que tomaría en cuenta.

—Relájese, hermana, no le tenga miedo a la Madre Superiora —le dijo Engracia—. La cosa no es tan terrible como ella la cuenta; a todas las nuevas les dice lo mismo, pero no es tan estricta. Eso sí, nunca la contradiga, porque ahí sí que se pondría mala la cuestión.

—Gracias, Hermana Engracia —respondió con una sonrisa la novicia y una mirada un poco más relajada.

—Llegamos, aquí podrá descansar tranquila —le indicó la monja frente a una puerta gruesa sin ninguna abertura.

El cuarto era pequeño, con una cama sencilla, un velador, un pequeño armario y un cuarto de baño solo con lo necesario; como única decoración, un crucifijo colgaba de una pared.

—Humilde y funcional —dijo ella al encontrarse sola, quitándose la molesta cofia que aprisionaba su cabello.

De la maleta sacó una muda de ropa que colgó cuidadosamente en el armario y algunos objetos de aseo personal; finalmente tomó la Biblia que llevaba y la puso sobre el velador.

Descalza se tendió en la cama y se puso a mirar el techo; aburrida después de un rato, tomó la Biblia y la hojeó, para cerrarla luego y tirarla al aire. Como si fuera una pelota, el libro subía y bajaba, pero sin que ella lo tocara con sus manos.

Alguien llamó a la puerta después de unos minutos.

—Hermana María, soy la Hermana Engracia —dijo la monja al otro lado—. Ya es hora de almorzar.

—Adelante, hermana, pase —contestó ella.

La novicia estaba de rodillas rezando junto a su cama de frente al crucifijo, perfectamente vestida y con el cabello cubierto; aunque no igual a como se encontraba hacía escasos segundos.

—Los humanos siempre ven solo lo que quieren ver —pensó para sí la novicia—. Estaba rezando, Hermana Engracia y creo que se me pasó el tiempo sin darme cuenta.

—A mí me pasa lo mismo —reconoció ella.

—Es que es muy gratificante hablar con Nuestro Señor —agregó la novicia.

—La entiendo, hermana, la entiendo —coincidió con ella la monja.

...

Como a todas las novicias recién llegadas, a María le correspondió decir la oración de bendición de los alimentos, que todas escuchaban con respeto y atención.

—Padre Nuestro que estás en el Cielo, te ruego bendigas estos humildes alimentos y bendigas a todas las hermanas de esta comunidad, especialmente bendice a la Madre Superiora, para que tu gracia y sabiduría la ilumine y guíe como siempre. Amen.

—Gracias, Hermana María —concluyó la Madre Superiora—. Hermanas, les recuerdo que la misa mañana comienza a las ocho en punto; por favor sean puntuales.

La advertencia de la Madre Superiora surtió efecto y todas las monjas del convento estaban reunidas en la capilla antes de la hora señalada, esperando la llegada del sacerdote. Anciano de pelo cano, pero de caminar ágil, llegó éste en silencio con una sonrisa en la cara y mirada brillante.

—Me recuerda al viejo amargado —pensó ella—. Igual de cínico.

...

La misa transcurría lenta; con lecturas de distintos pasajes de la Biblia, cánticos y sermones por parte del cura, que no parecía tener prisa.

—Es hora de jugar un poco —se dijo ella en voz baja.

Un fuerte movimiento del suelo y las paredes comenzó a sacudir la capilla.

— ¡Un terremoto! —gritó una de las monjas.

—Tranquilas, hijas; ya va a pasar —dijo el sacerdote afirmado en una mesa.

Por el contrario, el sismo se volvió más violento. El cura alcanzó a salir justo de donde estaba; de lo contrario la gran cruz con el cristo lo habría aplastado, cuando cayó rompiendo en dos la mesa donde él se apoyaba. El susto inicial pronto se convirtió en terror. La Novicia María perdió el equilibrio, pero las manos del sacerdote le impidieron caer.

—Gracias, Padre —le dijo ella, tan apretada a él que un poco más y lo habría atravesado.

—Por nada, hija —respondió el sacerdote separándose inmediatamente de ella, al notar la impropia posición en que habían quedado abrazados.

— ¿A quién quieres engañar, viejo cochino? —pensó ella—. Noté que te gustó abrazarme así.

Lentamente el sismo perdió fuerza y se detuvo.

— ¿Se encuentran todos bien? —preguntó la superiora.

—Madre Superiora —llamó el sacerdote—. El terremoto fue muy fuerte, veamos si podemos ayudar a la comunidad en algo.

—Excelente idea, Padre —aceptó la directora del convento—. Varias de las hermanas han sido misioneras y saben de enfermería.

—Hermana Engracia, vaya con la Hermana María a buscar algunos botiquines, puede haber gente herida que necesite atención —ordenó la superiora.

—Enseguida, Madre —obedeció Engracia.

Varias monjas luciendo un brazalete de la Cruz Roja Vaticana salieron a la calle junto a la Madre Superiora y el cura. El panorama en la vía pública era menos desolador de lo que esperaban encontrar; la gente se desplazaba en forma normal, el tránsito era expedito y no se veía ningún signo de destrucción.

—Parece que no hubo muchos daños —opinó una monja.

— ¿Señora, se encuentra bien? —preguntó otra religiosa a una mujer con un bebé en brazos.

—Sí, claro —respondió ella—. ¿Ocurre algo?

— ¿El terremoto de hace poco no hizo mucho daño? —le preguntó la monja.

— ¿Qué terremoto? —preguntó la mujer sorprendida—. No ha habido ningún terremoto.

— ¿Cómo qué no? —preguntó sorprendida otra monja—. Si fue el más fuerte que he sentido.

— ¿Señor, sintió el terremoto? —preguntó la primera religiosa a un hombre que pasaba por ahí.

—No, no sentí nada —respondió el hombre mirando para todos lados, buscando alguna cámara escondida, en caso de que fuese alguna broma.

—No lo entiendo, Padre —comentó la superiora al sacerdote.

—Volvamos al convento, Madre —sugirió el cura—. Esto es muy raro.

—No puede ser que todas lo hayamos imaginado —opinó una monja.

—No fue imaginación —dijo la Hermana Engracia—. Esa cruz pesa quinientos kilos y se cayó.

—Pareciera ser que solo ocurrió en el convento —opinó María—. Debe ser obra de Satanás.

Ella estaba aguantándose la risa en su interior, al ver la cara de miedo que todas las monjas pusieron al oír su comentario.

—No adelantemos juicios mejor, hermana —sugirió el cura—. Propongo, en todo caso, que hagamos otro oficio religioso enseguida, para pedir a Nuestro Señor por este convento y todos en él.

...

Después de ordenar el revoltijo dejado por el extraño sismo, que solo afectó al convento y de levantar entre todas y con un supremo esfuerzo la gran cruz, el cura realizó otra misa.

Los miedos más profundos de las religiosas comenzaron a crecer dentro de cada una de ellas.

—Madre, me retiro al arzobispado —se despidió el sacerdote—. Debo informar de esto.

—Muy bien, Padre; le telefonaré por cualquier cosa —respondió la superiora.

—Hágalo, no importando la hora que sea, Madre —aceptó el cura.

Cuando la Madre Superiora trató de abrir la puerta para despedir al sacerdote, se dio cuenta de que ésta no cedía.

—No puedo abrir la puerta —dijo forcejeando con la cerradura.

—Permítame tratar a mí, Madre —pidió el religioso, sin lograr abrirla.

—No entiendo, ni siquiera tiene puesta la llave —comentó la monja.

—Intentemos por la otra puerta —sugirió el sacerdote.

La puerta secundaria también estaba fuertemente cerrada.



—Las ventanas tampoco se abren, Padre —observó preocupada la Madre Superiora—. Estamos encerrados.

...

—Hermanas. Deben saber que, por extraños motivos, el convento está completamente cerrado —comunicó la superiora en el comedor.

— ¿A qué se refiere, Madre? —preguntó una monja.

—Las puertas y ventanas no se pueden abrir —respondió ella.

— ¿Estamos encerradas? —preguntó otra monja preocupada.

—En vista de que prácticamente este convento es un claustro, no afecta mayormente la vida de sus religiosas —recordó el cura.

—Como no es posible abrir ninguna ventana —indicó la Madre Superiora—. Les pido a todas que tengan especial cuidado con su aseo personal.

...

La vida en el convento continuó lo mejor que se pudo y en dos días ya todas se habían acostumbrado otra vez a su rutina.

María se cruzó un par de veces con el cura y le regalaba una dulce sonrisa cada vez que podía.

— ¿Cómo va todo, Hermana Engracia? —preguntó la superiora.

—Aparte de que estamos encerradas, todo marcha bien, Madre. Afortunadamente esto no afecta mayormente nuestra vida —comentó ella.

—Aun así, el saber que las puertas no se pueden abrir, pone nervioso a cualquiera —opinó la superiora.

—Por eso he agregado a la rutina tareas de aseo general, para no pensar en ello —indicó la Hermana Engracia.

—Es una buena idea, Hermana —aceptó la superiora—. Pero quería compartir otra cosa con usted.

—Usted dirá, Madre —respondió Engracia.

—No funciona el teléfono fijo —dijo en voz baja la superiora—. Ni siquiera los teléfonos celulares tienen señal.

—Por lo tanto, estamos aisladas del mundo exterior —dedujo Engracia.

—Así es, Hermana —coincidió la superiora—. Por favor que nadie más se entere de esto o cundirá el miedo.

—Nadie lo sabrá, Madre —contestó obedientemente Engracia.

...

El cura volvía meditando del despacho de la Madre Superiora, cuando al abrir la puerta de su habitación, se encontró a María, la nueva novicia dentro.

—¿Hija, qué haces aquí, cómo entraste? —preguntó sorprendido él.

—La puerta estaba abierta y pasé porque deseaba hablar con usted —respondió la novicia.

—Tú dirás, ¿en qué te puedo ayudar? —preguntó amablemente el sacerdote.

—No sé cómo decírselo —contestó nerviosa ella.

—Tal vez en forma directa sea bueno —dijo él tomándole tiernamente una mano.

—Lo que pasa, Padre, es que he tenido pensamientos impuros con usted —confesó ella.

—¿Te das cuenta de que eso no está bien? —preguntó el cura.

—Lo sé, Padre; pero por más que rezo no logro sacarlos de mi cabeza —reconoció ella—. Sé que mi alma se condenará por eso —gimió la joven novicia.

—Vamos, no es para tanto —dijo el cura abrazándola—. Eres joven y estás confundida. Te aseguro que Dios ve el corazón puro y bondadoso que posees y entiende tu duda.

—Gracias, Padre —dijo ella apoyando su cabeza sobre el pecho del sacerdote.

—¿Quiere que le muestre mi pequeño secreto, Padre? —preguntó la joven novicia como si fuese una niña hablando con su abuelo.

—Claro, hija ¿De qué se trata? —quiso saber el cura con curiosidad.

—De esto, Padre —dijo ella extendiendo sus negras alas frente a la mirada incrédula del cura, cuyo viejo corazón amenazaba con detenerse ante la sorpresa y el espanto.

—Ahora tu alma me pertenece y la haré arder en el infierno —dijo el ángel tomándole con fuerza la cabeza y girándosela de un solo movimiento, tan violento, que le quedó vuelta hacia atrás.

...

—Padre, la Madre Superiora desea verlo en su oficina —dijo Engracia golpeando la puerta.

— ¿Padre está ahí? —insistió. Al no obtener respuesta se apoyó en la puerta y ésta se abrió bajo su peso.

Los ojos de la religiosa casi se salieron de sus órbitas, al ver el cuerpo del sacerdote con el cuello grotescamente torcido; cuando se recuperó de la impresión, cerró con llave la puerta y corrió al despacho de la superiora.

—Madre, Madre —dijo apenas a la directora.

— ¿Qué pasa, hermana? —preguntó la superiora—. Parece haber visto un cadáver.

—Es el Padre —respondió ella. —Está muerto.

...

— ¿Qué opina, Hermana Amparo? — preguntó la Madre Superiora.

—Aparentemente el padre sufrió un ataque al corazón y al caer se golpeó el cuello contra el velador y se lo fracturó —respondió la monja que acababa de obtener el título de médico cirujano.

—Pero eso no es posible —opinó Engracia.

—La Hermana Amparo es médico y supongo que sabe de qué está hablando —la apoyó la superiora.

—Fíjense en la mirada de terror que tiene —observó Engracia—. Algo lo asustó mucho.

— ¿Qué es eso? —preguntó la superiora, indicando unas delgadas líneas cerca de una oreja del cura.

—Parecen ser rasguños —observó Amparo.

—Eso significa que alguien mató al padre —supuso Engracia.

—A menos que se los haya hecho al golpearse —opinó la Madre Superiora.

— ¿Quién lo encontró? — preguntó la Hermana Amparo.

—Yo, pero informé inmediatamente a la Madre Superiora —contestó Engracia.

—Es importante mantener esto en secreto —ordenó la directora.

—Teniendo en cuenta que no podemos ventilar el convento, pronto todas lo sabrán —observó Amparo—. Mientras tanto, puedo poner el cadáver en una bolsa plástica y llenarla con hielo, pero eso durará pocos días.

—Hágalo, hermana —ordenó la superiora.

—Esto es demasiado extraño, Madre —opinó asustada Engracia.

—Lo sé, hermana, lo sé —coincidió la superiora.

...

—Hermana Rosa, necesito que me ayude, pero debo pedirle absoluta discreción —ordenó la Hermana Amparo.

—Usted dirá, hermana —respondió la joven monja.

—Junte todo el hielo que pueda y tráigalo a la enfermería cuando todas duerman —pidió Amparo.

—Tenemos que hacer algo muy delicado —contó la doctora sin más detalles—. La Madre Superiora está al tanto.

Cerca de las once de la noche, la Hermana Rosa llegó a la enfermería empujando un carrito con varios baldes llenos de hielo.

—Aquí está el hielo —dijo Rosa entrando a la enfermería.

—Acompáñeme a la habitación del Padre —pidió Amparo.

— ¿El Padre está enfermo? —preguntó la joven preocupada.

—Ya se enterará, hermana —contestó la doctora.

Antes de entrar a la habitación del sacerdote, la Hermana Amparo se puso un par de guantes de goma y una mascarilla.

—Cúbrase usted también —ordenó a la otra monja.

— ¿Qué le pasa al Padre? —preguntó Rosa al verlo completamente cubierto.

—Ha fallecido esta mañana de un ataque al corazón —explicó Amparo.

Un mareo afectó a Rosa, quién por un momento perdió el equilibrio.

—Por favor, no se le ocurra desmayarse ahora —pidió Amparo—. Debemos ponerlo dentro de una bolsa para cadáveres y no me lo puedo sola.

—Está bien, yo le ayudo —aceptó la Hermana Rosa tragando saliva—. Pero no me pida que no tirite.

—La entiendo —concordó Amparo—. Me pasó lo mismo la primera vez que toqué un cadáver.

Después de un rato, el sacerdote estaba totalmente envuelto y lleno de hielo, para retardar su descomposición.

...

Poco después la Hermana Amparo golpeó la puerta de la Hermana Rosa.

—Pensé que estaría despierta —comentó en voz baja Amparo.

—Sí; no puedo dormir, así es que estoy rezando —contestó Rosa.

— ¿La puedo acompañar en sus oraciones, hermana? —pidió Amparo, también inquieta por los últimos acontecimientos.

—Pase, me hará bien su compañía —aceptó Rosa.

Las dos monjas se arrodillaron junto a la cama, de frente a la cruz, sin notar que sus muslos habían quedado rozándose. En un movimiento por tomar la Biblia, ambas tocaron sus manos y se miraron nerviosas, separándose enseguida.

—Miren que cosas —opinó María, que se encontraba dentro de la habitación, invisible para las religiosas—. Y yo ni siquiera he hecho nada..., pero estas dos necesitan un empujoncito.

Mientras rezaban, la Hermana Amparo tomó la mano de la Hermana Rosa, quién cruzando sus dedos con los de ella, continuó rezando con una sonrisa de felicidad.

Sin que lo percibieran, el ángel tomó sus cabezas y las giró suavemente para que se miraran mutuamente. Ella cogió la mano libre de Rosa y la puso en un brazo de Amparo, mientras ponía la mano de la doctora en el muslo de Rosa.

—Ámense —sugirió sutilmente ella en la mente de ambas monjas, que se besaron delicadamente por largo rato.

—Con más pasión —dijo mientras caminaba hacia una pared y la atravesaba como si fuese de aire.

Metiendo su cabeza a través de la muralla, ella vio como Amparo y Rosa se besaban y acariciaban en forma descontrolada.

Saltando y riendo de gusto, el ángel recorrió invisible el pasillo hasta su habitación.

...

Fuertes golpes en el techo hicieron saltar de golpe a Rosa y Amparo, quienes despertaron sobresaltadas.

—Hermana Rosa, yo...—trató de explicarse Amparo.

—Lo sé, hermana; a mí me pasa lo mismo —dijo Rosa besando en la frente a la otra monja.

—Vistámonos rápido —sugirió Amparo—. No quiero imaginar si descubren lo nuestro.

—Si somos discretas no lo harán —opinó Rosa, que ya se había puesto la mitad de su ropa.

— ¿Qué son esos golpes? —preguntó la Hermana Engracia.

—Es como si alguien estuviese saltando en el techo —opinó María.

—Pero está a quince metros de altura —indicó una monja.

—Está haciendo mucho frío —observó otra monja tiritando y viendo el vapor que salía de su boca al hablar.

— ¿Qué está pasando, Madre? —preguntó una monja.

—No se asusten y vayamos a la capilla a rezar— sugirió la Hermana Engracia.

Cuando ingresaron a la capilla del convento, todas quedaron espantadas ante lo que sus incrédulos ojos veían.

—Miren las imágenes de Nuestro Señor —observó una monja—. Está..., está..., está cabeza abajo —dijo tartamudeando de miedo.

—Esto es obra de Satanás —opinó otra monja.

—Recemos, hermanas —pidió la Madre Superiora.

El aire se heló de golpe y los bancos comenzaron a saltar por sí solos, mientras las pinturas de santos y otros motivos de culto tomaban aspectos realmente espantosos.

—No aguanto más —dijo el ángel atravesando una pared y dejando una asustada imagen de la Novicia María en la capilla.

Sentada en el suelo e invisible a todas, ella no podía parar de reír por su jugarreta.

—Este trabajo es mucho más divertido que el otro —se dijo maliciosamente.

De regreso en la capilla, se paseó entre las monjas, buscando una que le interesase.

—Tú —dijo deteniéndose junto a la más joven de todas.

Enseguida la religiosa cayó al suelo y comenzó a convulsionarse violentamente y a reír a carcajadas.

—Está poseída —dijo una de las monjas.

—Debe ser algún tipo de ataque —opinó la Hermana Engracia.

—Dejen que la revise yo —pidió la Hermana Amparo—. Sujétenle los brazos y piernas.

—No está poseída —indicó la doctora—. Está sufriendo un ataque de epilepsia.

Con recelo cuatro monjas sujetaron las extremidades de la convulsionada hermana.

— ¡No me toques perra! —gritó mientras le daba un fuerte empujón a la hermana Amparo.

La Hermana Rosa corrió a ayudar a la doctora, pero conteniéndose lo mejor posible.

— ¿Está bien, hermana? —preguntó preocupada.

—Si, hermana; no se preocupe —respondió la caída monja—. Solo fue un empujón y me pilló mal parada.

—Voy a buscar un calmante a la enfermería —avisó Amparo.

—La acompaño, hermana —sugirió Rosa.

—No es necesario, hermana; voy sola —rechazó la doctora—. Ayude a las otras hermanas.

Cuando Amparo salió de la enfermería con un maletín de médico, escuchó que varias cosas se rompían solas.

—Ya volví —dijo ella de regreso en la capilla—. Ahora sujétenla con fuerza, no quisiera que se rompiera la aguja.

Cortando el hábito de la monja con una tijera, la Hermana Amparo logró descubrir un hombro y clavar con un poco de dificultad la aguja a la monja que estaba sufriendo el ataque, debido a lo apretados que tenía los músculos. A los pocos minutos la religiosa se encontraba totalmente inmóvil, con los ojos cerrados y respirando relajadamente.

—Llévemola a la enfermería —ordenó Amparo.

Cuando llegaron a la puerta, esperaba que no estuvieran rotos todos los medicamentos que había y que seguramente necesitarían, teniendo en cuenta el encierro en que se encontraban. Para su sorpresa, la enfermería se hallaba tan impecable, como si la acabase de ordenar.

—Vuelvan a dormir —ordenó la Madre Superiora, aunque sabía que ninguna de las religiosas lograría conciliar el sueño luego de lo ocurrido.

...

Preocupada y confundida, la Madre Superiora se llevó otra sorpresa esa noche.

—¿Hermana María, qué hace aquí y cómo pudo llegar y entrar antes que yo, si usted se quedó en la capilla tratando de ordenarla? —preguntó sorprendida la directora.

—Por favor déjeme hablar a mí, Madre —pidió la novicia—. Tenemos cosas muy graves que tratar.

—Bueno, está bien —aceptó la superiora.

—El mal está dentro de este convento —indicó María.



—En realidad el mal está siempre presente rodeándonos y tentándonos — meditó la superiora—. Por eso es que siempre rezamos a Nuestro Señor.

—Creo que no me entiende bien —insistió María—. Una presencia demoniaca se ha apoderado de este convento.

—Sé que han pasado cosas muy extrañas —opinó la superiora—. Pero de ahí a suponer que Satanás está detrás de todo esto, no se puede asegurar. Si lo dice por lo de la Hermana Úrsula; la Hermana Amparo aseguró que fue un ataque de epilepsia y ella es doctora en medicina, así es que no creo que se equivoque.

—Creo que le tendré que enseñar algo —dijo María—. Pero le voy a pedir antes que me jure que va a mantener el secreto.

— ¿Pero qué es tan serio que necesita que le jure mantener su secreto? —preguntó la superiora.

La monja retrocedió sorprendida ante el resplandor que iluminó a María, quedando con la espalda apoyada en la pared, lo que le impidió caer al suelo.

Parada frente a ella estaba María, o la que ella pensó era María. Totalmente vestida de oro, brillando como el sol y con dos grandes alas blancas en su espalda.

—Soy un ángel del Señor; enviado por El Hijo del Hombre para advertirles de la presencia del maligno —dijo el ángel—. Es necesario que sepa que él se oculta entre sus hermanas, como una más de ellas.

— ¿Aquí en el convento? —preguntó la superiora.

—La beatitud es como la miel para el maligno —agregó el ángel.

— ¿Me puede indicar de quién se trata? —quiso saber la superiora.

—Yo solo soy un mensajero y no estoy autorizado para actuar —le hizo saber el ángel—. Pero puedo decirle en quién se oculta el engañador, pero debe tener en cuenta que solo las oraciones podrán derrotarlo. Además, la Hermana Úrsula ha sido poseída por otro demonio, subordinado a él y solo un exorcismo la podrá salvar.

—Entiendo —contestó atemorizada la Madre Superiora—. ¿Quién es?

—La Hermana Engracia se ha convertido, sin sospecharlo, en la morada de uno de los demonios más poderosos del averno —dijo finalmente el ángel.

— ¡No lo puedo creer! —exclamó la religiosa—. A la Hermana Engracia la conozco hace años.

—La persona que usted conoció está prisionera del demonio que ocupa su cuerpo; pero su fe es grande y lucha por expulsarlo, pero él es muy fuerte —explicó el ángel.

—Con razón la había visto un poco extraña últimamente —comentó la superiora al ángel.

—Con la ayuda de Nuestro Señor Jesucristo, la luz de Dios se impondrá sobre las tinieblas del mal —continuó el ángel.

—Gracias, Ángel Santo —dijo finalmente la monja, arrodillándose ante el mensajero.

—No te inclines ante mí, que solo soy un humilde servidor de Nuestro Dios —le pidió poniéndola tiernamente de pie.

...

—Madre Superiora, soy la Hermana Amparo —golpeó la doctora para hablar con la directora del convento.

El ángel que ya había recobrado la apariencia de la Novicia María, le indicó que abriese la puerta.

—Madre Superiora, la capilla está ordenada —informó María.

—Gracias, hermana; puede retirarse a descansar —autorizó la superiora.

—Gracias, Madre, con su permiso —respondió María con la mirada baja, como de costumbre—. Hermana Amparo, con su permiso.

—Adelante hermana, que descanse —se despidió Amparo.

—Madre Superiora, la Hermana Úrsula descansa con el calmante que le administré —informó la doctora—. Por su propia seguridad la sujeté con correas a la camilla, hasta averiguar al menos que le ocurre realmente, porque no fue un ataque de epilepsia lo que le pasó.

— ¿Está segura? —preguntó la superiora.

—Cuando una persona sufre de un ataque epiléptico no puede hablar — explicó la Hermana Amparo—. Pero antes de golpearme, la Hermana Úrsula me habló. ¿Madre me escucha? —preguntó la doctora a la superiora, que parecía estar con la mente en otro lugar

—Siéntese, Hermana Amparo —pidió la Madre Superiora—. Es necesario de que hablemos de algo extremadamente serio y grave.

...

—Lo que me cuenta es increíble y terrible, Madre —opinó Amparo persignándose.

—Me lo dijo un ángel del cielo enviado por Nuestro Señor Dios —afirmó la Madre Superiora.

— ¿Y qué vamos a hacer, Madre? —preguntó la Hermana Amparo.

—Rezar, rezar como nunca lo hemos hecho, solo así nos podremos salvar de dos demonios —indicó la superiora.

— ¿Dos? —preguntó sorprendida Amparo.

—Sí, la Hermana Engracia también está poseída, pero no se da cuenta — agregó la superiora—. El ángel me confió que solo un exorcismo podría salvar a la Hermana Úrsula y las oraciones y el auxilio de Dios serán necesarios para salvar a la Hermana Engracia, cuya alma lucha por liberarse.

—Comprendo, Madre; esto es realmente grave —concluyó la Hermana Amparo—. Cuento con mi discreción, pero pronto deberemos hacer algo.

—Gracias, hermana; no habría esperado menos de usted —observó la superiora tomando con fuerza ambas manos de la monja.

...

Aunque grande era la fe de la Hermana Amparo, su formación de médico impedía que su juicio se cerrase. Tras las palabras de la Madre Superiora vio una clara señal de un cuadro de paranoia, posiblemente causada por los últimos y extraños acontecimientos. Sin darse cuenta llegó junto a la habitación de la Hermana Rosa, en lugar de la suya.

— ¿Hermana Rosa, puedo pasar? —preguntó tras golpear la puerta.

—Pase, Hermana Amparo, me disponía a decir mis oraciones —la autorizó Rosa.

Una vez cerrada la puerta, Amparo se quitó la cofia de su cabeza y se sentó en el borde de la cama, apoyando la cabeza entre las manos.

— ¿Qué tienes? —preguntó la Hermana Rosa en voz baja.

—Estoy cansada —respondió la Hermana Amparo—. Y tengo miedo.

Rosa se sentó junto a ella y la abrazó.

—Auuch —se quejó Amparo cuando Rosa le tocó bajo las costillas.

—La Hermana Úrsula te pegó fuerte —opinó Rosa—. Deberías ver un doctor.

—Ya vi uno y me dije a mi misma que no tengo nada —respondió Amparo—. Es solo que me dejó muy machucada y me va a doler por dos o tres días más.

—Pobrecita, si le hace bien venir a rezar conmigo es bienvenida, Hermana Amparo —ofreció Rosa pícaramente.

—Gracias, Hermana Rosa, será un placer —aceptó ella quitándole la cofia y soltándole el cabello a Rosa.

Horas después, Amparo se dirigió sigilosamente a su habitación.

...

— ¿Hermana Engracia, puedo hablar con usted? —preguntó María a través de la puerta.

—Claro, hermana, pase —aceptó la monja—. ¿De qué se trata?

—Es sobre las cosas que están ocurriendo en el convento —explicó María.

—Es algo que nos preocupa a todas —opinó Engracia—. Pero debemos tener fe en estos momentos.

—Así es, hermana —coincidió María—. Pero es un poco más complicado; se trata de la Hermana Úrsula.

—Es un caso de epilepsia, según la Hermana Amparo —indicó Engracia.

—La verdad es que es algo peor —opinó María.

— ¿A qué se refiere, hermana? —quiso saber Engracia.

—La Hermana Úrsula está poseída por un demonio —explicó María.

—A veces la mente hace parecer que el demonio nos ataca —aclaró la Hermana Engracia.

—Hermana, le enseñaré algo, pero júreme que será discreta con lo que vea —indicó la novicia.

—Está bien, se lo juro, hermana —contestó la religiosa para dejar tranquila a la muchacha, que se veía muy inquieta.

Si no hubiese sido una mujer fuerte, seguramente Engracia se habría desmayado ante lo que ocurrió frente a sus ojos.

— ¡Dios mío! —exclamó la monja.

—Nada de eso —aclaró el ángel—. Solo soy un humilde ángel enviado por El Hijo del Hombre, para advertirles que los demonios del maligno moran en este convento.

—La Hermana Úrsula ha sido poseída por un demonio y la única forma de salvarla es rezando con mucha fuerza y fervor —explicó el ángel—. Sin embargo, hay un demonio más poderoso aún.

— ¿Otro más? —preguntó Engracia persignándose.

—Él se ha apoderado de otra religiosa, pero controla su cuerpo como si fuera ella, estando así oculto a todas —agregó el ángel—. Se trata de la Madre Superiora; ella está atrapada dentro de su propio cuerpo, pero es incapaz de controlarlo y a pesar de todo, con su gran fe sigue luchando y trata de expulsar al maligno, pero va a requerir de un exorcismo para lograrlo.

—Esto es terrible —opinó la Hermana Engracia—. Hace tiempo que la Madre Superiora no era la misma de siempre, pero yo pensé que era por exceso de trabajo.

—El mal se oculta donde menos lo esperamos —indicó el ángel.

—Si tan solo pudiésemos comunicarnos con el arzobispado —pensó la monja.

—Pero no se puede —agregó el mensajero. —Deberán resolverlo ustedes solas. Sobre todo, usted que es la más indicada.

...

La condición de la Hermana Úrsula empeoraba a cada momento, mostrando signos de creciente debilidad, que se reflejaba en su aspecto físico; antes juvenil y radiante, ahora se veía marchita y anímicamente inestable, con episodios de locura, que se alternaba con momentos cada vez más escasos de lucidez.

— ¿Puedo pasar? —preguntó la Hermana Engracia.

—Adelante —autorizó la Hermana Amparo que revisaba la ficha clínica de su paciente.

— ¿Cómo se encuentra la Hermana Úrsula? —preguntó Engracia.

—Ahora duerme —respondió la monja doctora—. Pero empeora a cada minuto.

— ¿Qué cree que sea? —preguntó la monja.

—Todo indica que se trata de un grave caso de esquizofrenia —opinó la doctora.

—A menos que sea una posesión demoniaca —sugirió Engracia.

—Espero que no sea así, hermana —deseó Amparo—. Porque de serlo, yo no sabría cómo ayudarla.

— ¿Cómo se encuentra nuestra paciente hoy? —preguntó la Madre Superiora ingresando a la enfermería sin golpear la puerta antes.

La tensión que se formó en la enfermería se habría podido cortar con un cuchillo. Las miradas de odio entre la Hermana Engracia y la Madre Superiora difícilmente podían ser disimuladas.

—Ahora está dormida —contestó la doctora—. Como profesional, sugiero que sea trasladada a una institución psiquiátrica.

— ¿Y cuál es su opinión como religiosa, Hermana Amparo? —preguntó la directora.

—Rezar con gran devoción, Madre —respondió esta.

—Si es que eso funciona en un caso de posesión demoniaca —opinó la superiora.

Esa era la segunda vez que la Hermana Amparo oía algo similar y ya comenzaba a inquietarse. De pronto la Hermana Úrsula comenzó a gruñir y a quejarse; abriendo sus ojos cruzados de líneas rojas; sus resacos labios sangraban al intentar hablar.

— ¿Qué ordenas que haga, Mi Señor? —preguntó la Hermana Úrsula con una voz cavernosa y áspera que no era la suya, mirando a la Madre Superiora—. ¿Cuál es tu voluntad, Mi Amo? —preguntó mirando a la Hermana Engracia.

—Esa no es su voz —observó la Madre Superiora.

— ¿Quiere examinarme, Hermana Amparo? —preguntó en forma libidinosa a la doctora—. A usted le gusta jugar al doctor con las monjas. ¿O prefiere revisar a alguien más?

— ¿Qué cosas dices demonio? —preguntó la Hermana Engracia.

—Es una crisis nerviosa —dijo Amparo, tratando de desviar la atención de su persona.

—Tú me trajiste, lesbiana —gritó la enferma—. Tú y tu amiguita; por tu culpa todas morirán.

Los ojos de la Madre Superiora estaban llenos de lágrimas.

—Perdiste a tu rebaño, monja —gritó Úrsula a la superiora—. Deja de luchar y entrégate a Mi Amo.

—Tú le perteneces a Mi Señor, monja; no sigas luchando —gritó Úrsula mirando a la Hermana Engracia.

El aire de la enfermería se volvió nauseabundo e irrespirable y la temperatura bajó de golpe, haciendo tiritar de frío a la doctora.

—Esto no puede ser histeria —dijo la Hermana Amparo tomando una jeringa y temblando de miedo.

— ¿Quieres dormirme para poder tocarme tranquila, monja sucia? —le gritó a la doctora cuando se acercó con el tranquilizante.

—No sé qué está diciendo, Hermana Úrsula —respondió la doctora.

—No hable con el demonio, hermana —ordenó la Madre Superiora—. Es un truco para hacernos dudar.

La camilla donde reposaba la Hermana Úrsula comenzó a saltar en forma violenta, con ella encima.

— ¡Ya basta, ya basta! —gritó la Hermana Amparo, saliendo de prisa de la enfermería.

Agotada, confundida y asustada, Amparo se arrodilló llorando sobre la fría baldosa del pasillo y comenzó a rezar en medio de sollozos y suspiros. Como médico no sabía cómo tratar un caso así y como religiosa, no estaba entrenada para lidiar con demonios. Por primera vez en su vida, Amparo se sintió vulnerable e inútil.

El ángel la observaba sin ser visto y hasta podría haber sentido compasión por ella, si es que no hubiese perdido esa capacidad, el día en que fue abandonada y traicionada.

—Vamos, Hermana Amparo; acompáñeme a su habitación —pidió la Hermana Engracia—. Necesita descansar.

—Pero no quiero —rechazó ella—. Debo cuidar a la Hermana Úrsula.

—Lo hará la Hermana Sara —dijo Engracia cuando vio acercarse a la enfermera.

—Por favor, Hermana Sara, vigile a la Hermana Úrsula —aceptó a regañadientes Amparo.

Después de que la enfermera entró a la enfermería, la Madre Superiora salió en silencio.

— ¿Hermana Amparo, hace cuánto que no duerme? —preguntó la superiora.

—Creo que dos días, Madre —respondió Amparo, tratando de recordar.

—Vaya a dormir, hermana —ordenó la superiora.

—Pero no puedo aun —reclamó la doctora.

—Es una orden, hermana —insistió la Madre Superiora—. Si está débil no puede luchar contra el demonio.

—Yo la acompañaré a su habitación y veré que se duerma, Madre —dijo la Hermana Engracia.

—Está bien —aceptó algo dubitativa la superiora.

...

La enfermería olía muy mal, así es que luego de buscar un poco, la Hermana Sara echó una abundante cantidad de desodorante ambiental y se sentó en una silla frente a la paciente.

La enfermera comenzaba a cabecear cuando el golpe en la puerta, de alguien que llamaba, la hizo despertar de un salto.

—Adelante —respondió Sara.

—Permiso, Hermana Sara. Venía a ver cómo sigue la Hermana Úrsula —indicó la novicia.

—Ahora descansa —respondió la enfermera—. Roguemos al Señor porque pronto se reponga.

—Amén, hermana —respondió María—. ¿Puedo hacerle una pregunta personal?



—Sí, claro —aceptó Sara.

— ¿Cómo una mujer tan hermosa como usted, eligió la vida religiosa en lugar de las pasarelas y pantallas de cine? —preguntó la Hermana María.

—Supongo que el brillo de Nuestro Señor me deslumbró más que el de las cámaras fotográficas —contestó sinceramente la Hermana Sara.

—El mundo la ha perdido y la Iglesia la ha ganado —comentó María.

—Se podría decir que sí —opinó Sara.

—Porque usted realmente es muy bonita —dijo María acariciando el rostro y cuello de la religiosa.

— ¿Qué hace, hermana? —preguntó sorprendida y alarmada la monja, retrocediendo un poco.

Sin decir nada, María le tomó la cabeza y besó con fuerza la boca de la Hermana Sara. Con pánico la monja se llevó las manos a la garganta y abrió grande la boca para tratar de tragar algo de aire. Sus labios se volvieron morados y su piel pálida con un extraño tinte azulado; con los ojos muy abiertos y la piel del rostro cruzada por oscuras e hinchadas venas, la religiosa cayó prontamente sin vida, víctima de los ponzoñosos labios del ángel caído.

María desapareció de la enfermería y se materializó en su habitación, para pensar qué otra maldad podría hacer, en su sicótico y despiadado juego macabro.

...

Lentamente la Hermana Amparo abrió sus ojos, sintiéndose un poco más descansada.

—Vaya, dormí cuatro horas —comentó una vez que pudo ver el reloj, después de que se le aclaró la vista—. La Hermana Sara debe estar cansada, voy a reemplazarla.

Camino a la enfermería Amparo se encontró con la Hermana Engracia.

— ¿Descansó, hermana? —preguntó la monja a la doctora.

—Sí, y ahora voy a la enfermería —indicó Amparo.

—Yo vengo de allá —agregó Engracia—. La Hermana Úrsula aun duerme y creo que la Hermana Sara también.

—Espero que se sienta mejor, hermana —dijo la Madre Superiora, que caminaba tranquila por el pasillo.

—Mucho mejor, Madre; gracias —respondió Amparo—. Ahora me dirigía a la enfermería.

—Vamos —sugirió la superiora—. Me gustaría saber cómo sigue nuestra paciente.

—La Hermana Sara la está cuidando —indicó Amparo.

—Lo sé, ya la vi —respondió la superiora—. Ella es muy capaz y una buena sierva de Dios.

Cuando entraron a la enfermería, las tres monjas encontraron tirado en el suelo el cadáver de la enfermera.

— ¡Hermana Sara! —exclamó Amparo, corriendo hacia ella y girándola para examinarla.

—Está muerta —informó después de un rato la doctora.

—Miren su rostro —indicó la Hermana Engracia.

—Aparentemente murió asfixiada —opinó Amparo—. Y por la expresión de su rostro fue algo muy rápido pero terrible.

— ¿Pero, cómo es eso posible? —quiso saber la Madre Superiora.

—Sin una autopsia es difícil de saber —opinó la Hermana Amparo—. Pero pareciera haber sido envenenada.

— ¿Quién fue la última persona que la vio con vida? —preguntó la superiora.

—Hasta donde sabemos usted, Madre —señaló la Hermana Engracia—. Usted salió de la enfermería poco después de que ella entró

— ¿Está insinuando que yo maté a nuestra hermana? —se defendió la superiora—. Alguien más pudo entrar después de que nos retiramos.

—Usted acababa de estar en la enfermería, Hermana Engracia, cuando yo venía para acá, después de que me mandaron a dormir —recordó la Hermana Amparo.

— ¡Tú la mataste maldito demonio! —gritó la Madre Superiora, apretando con ambas manos el cuello de la Hermana Engracia.

—Aquí el único demonio es usted —respondió ella dándole un puñetazo en la cara a la directora.

—Sal de la Hermana Engracia —dijo la superiora encima de la monja, abofeteándola fuertemente.

—Maldito demonio, termina con tus mentiras —ordenó Engracia, golpeando con fuerza con sus puños a la superiora, luego de forcejear con ella y lograr ponerse encima.

La Hermana Úrsula reía a carcajadas ante la escena.

—Mátense, mátense y me quedaré con sus almas —gritaba, reía y se convulsionaba.

La Hermana Amparo vio con espanto como el monitor cardiaco mostraba un aumento peligroso, en la frecuencia cardiaca y en la presión sanguínea. Olvidándose de las dos mojas que intentaban asesinarse mutuamente, la doctora trataba de mantener quieta a la Hermana Úrsula. De un golpe su cuerpo se elevó y su espalda se curvo, cayendo nuevamente en la camilla con los ojos abiertos.

Un fatídico silbido y una línea en el monitor hicieron sudar a Amparo, quien frenéticamente golpeo el pecho de la muchacha, una y otra vez, tratando de reanimar su corazón y devolverle la vida.

Como si fuese una escena en cámara lenta, Amparo veía como la Madre Superiora y la Hermana Engracia se golpeaban sin tregua.

Sentada en el escritorio y fuera de la vista de las monjas, el ángel disfrutaba su obra.

En medio del forcejeo la Hermana Engracia tomó una gran tijera y la clavó hasta la empuñadura en la espalda de la Madre Superiora.

—He matado al demonio —dijo triunfante Engracia, poniéndose de pie con la cara sangrando por varios lados y el pelo suelto y revuelto.

Como pudo y con la última gota de vida que le quedaba, la Madre Superiora logró arrastrarse hasta el escritorio y tomar un bisturí, que convenientemente se encontraba encima.

La sangre comenzó a brotar por la boca de la Hermana Engracia, cuando la hoja de acero cercenó de lado a lado su garganta.

El espanto y desesperación en la Hermana Amparo hacían que todo girara en torno suyo y lo único que deseó en ese momento fue ir donde la Hermana Rosa.

...

Todas las monjas peleaban y se mataban entre sí, pero eso no le interesó a Amparo; ni siquiera se inmutó cuando una monja le aplastó la cabeza a otra con un candelabro, o cuando otra se cortó a sí misma el cuello con un gran cuchillo.

El ángel caminaba en el convento, sembrando la locura y la muerte entre las religiosas. Con la capacidad de ir a donde su voluntad lo mandase, se hizo presente a la espalda de la Hermana Rosa.

—Hermana María, no la oí entrar —dijo Rosa—. ¿Qué ocurre que se oyen tantos gritos?

—Se ha desatado el infierno en el convento —contó María.

—Hay que hacer algo —dijo la monja—. Debemos avisar a la Madre Superiora.

—Ella ya lo sabe —dijo tranquila María—. Por cierto, supongo que le interesará saber que su amiga la Hermana Amparo ha fallecido —mintió el ángel para hacer sufrir a la monja.

—Eso no es posible —sollozó Rosa.

—Pero no se preocupe, que pronto se reunirá con ella —continuó María.

Sin que Rosa se diera cuenta, las sábanas de su cama comenzaron a retorcerse, hasta convertirse literalmente en una cuerda que, sin aviso previo, se enrolló en el cuello de la monja, elevándola del piso y amarrándose en una viga.

Desesperada la religiosa trataba con las manos de soltar el lazo, que se cerraba más y más en torno a su cuello. Frente a ella María abrió sus brillantes y negras alas, para mostrarle quién o qué era realmente. Finalmente, sus manos se soltaron y sus brazos cayeron; su cuerpo hizo un último y violento movimiento, para quedar balanceándose como un péndulo que poco a poco quedó inmóvil.

De un empujón, la Hermana Amparo abrió la puerta de la habitación de la Hermana Rosa, encontrando su cuerpo sin vida colgando de la viga.

—No tú —gimió Amparo.

Con gruesas lágrimas cayendo por sus mejillas, Amparo logró bajar el cuerpo de su amiga y sentándose en el suelo, apoyó con cuidado su cabeza en sus muslos, quitándole la cofia y acomodando con delicadeza y dulzura su cabello. Largo rato se quedó la Hermana Amparo balanceando su cuerpo, como si estuviera haciendo dormir a la Hermana Rosa.

—Esto es demasiado para mí —dijo el ángel—. Voy a vomitar con tanta ternura.

...

Las puertas y ventanas se abrieron a medida que María avanzaba por el pasillo hacia la salida, esquivando los cadáveres de las mojas, repartidos por todos lados.

El sol brillaba y una suave brisa refrescaba el aire. El ángel extendió sus negras alas como el carbón, dejando que el viento agitase sus plumas. Un leve movimiento y se elevó rápido en el cielo; cruzando a toda velocidad el espacio, para desaparecer dentro de una nube.

...

Nadie contestaba el teléfono en el convento, así es que desde el arzobispado mandaron a un sacerdote a ver si todo estaba en orden. Difícil es describir la impresión que se llevó este cuando ese penetrante y nauseabundo olor golpeó sus narices. Tapándose con un pañuelo la boca y nariz, recorrió el convento entre los cadáveres de las religiosas. Cuando había perdido la esperanza de encontrar a alguien con vida, al religioso le pareció escuchar que alguien canturreaba.

En una habitación, sentada en el suelo, una religiosa vistiendo el hábito blanco de la Cruz Roja Vaticana, apoyaba sobre sus piernas la cabeza de una joven monja, que sostenía como si durmiera, mientras canturreaba algo de una canción; la canción que le gustaba a la Hermana Rosa.

—Shhh, está durmiendo —dijo en voz baja la Hermana Amparo al sacerdote—. No la despierte.

—Dejemos que descanse, hermana —le dijo el cura, poniendo cuidadosamente una almohada, bajo la cabeza del cadáver de la Hermana Rosa, mientras ayudaba a Amparo a ponerse de pie.

—Le voy a quitar su crucifijo, para que no se lastime mientras duerme —explicó Amparo quitándole la cadena de su cuello—. ¿Sabía usted que soy médico?

...

La Hermana Amparo se pasea de vez en cuando por los jardines de la clínica psiquiátrica, con un crucifijo enrollado en una de sus manos y tarareando un pedazo de una canción, mientras los policías intentan que les dé alguna pista de lo que ocurrió en el convento. Sin embargo, los psiquiatras no saben si algún día Amparo podrá recordar algo más que ese trozo de canción.